

www.elboomeran.com

PETER STAMM

MONTE A TRAVÉS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Weit über das Land*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Peter Stamm

© de la edición original, S. Fischer Verlag, GmbH, Frankfurt
Este libro fue negociado a través de Ute Körner Literary Agent,
Barcelona – www.uklitag.com y Liepman AG,
Zúrich – www.liepmanagency.com

© de la traducción, 2019 by José Aníbal Campos González

© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La publicación de esta obra ha recibido una ayuda de Pro Helvetia,
fundación suiza para la cultura

pr:helvetia

Para la realización de esta obra, el traductor recibió el apoyo
económico de la Casa del Traductor de Looren, Suiza

ISBN: 978-84-17346-99-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 15 865-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Cuando nos separamos, seguimos teniéndonos el uno al otro.

MARKUS WERNER,

La partida de Zündel

Para Jaume Vallcorba Plana.

De día apenas se notaba la presencia del seto que separaba el patio del de los vecinos, se perdía en el verdor general; pero cuando el sol se ponía y las sombras empezaban a alargarse, parecía que creciera y se convirtiese en un muro cada vez más infranqueable hasta que, al final, el último rayo de luz desaparecía del jardín y el cuadrado de césped quedaba sumido en las sombras, como un oscuro calabozo del que no había escapatoria. Como suele ocurrir hacia mediados de agosto, la temperatura bajaba rápidamente, y el frío y la humedad parecían emanar del suelo al que se habían retirado durante las horas de sol, sin llegar nunca a desaparecer del todo.

Thomas y Astrid habían acostado a los niños, se habían sentado en el banco de madera de la entrada con una copa de vino y compartido la edición dominical del periódico. Al cabo de un rato, se oyó por la ventana abierta la voz llorosa de Konrad, y con un suspiro Astrid había dejado su parte del periódico sobre el banco, había apurado su copa de vino, había entrado en casa sin decir palabra y no había vuelto a salir. Thomas oyó un murmullo tranquilizador y, poco tiempo después, vio cómo se encendía la luz del salón. Luego, la ventana se cerró con un golpe seco que ponía fin al día, al fin de semana, a las vacaciones. La luz se apagó de nuevo, y Thomas se imaginó a Astrid arrodillada en el suelo del recibidor, deshaciendo la maleta grande que habían dejado allí tras su regreso a última hora de la tarde. También aquí tenía que haber hecho mucho calor durante su ausencia, la casa estaba muy caldeada y el aire enrarecido, espeso, como si en el interior la presión fuera más ele-

vada. Thomas hojeó la correspondencia que los vecinos le habían dejado sobre la mesa del salón. Astrid estaba justo detrás de él, y aun sin verla él sentía su presencia, su atención. «Nada importante», le dijo él, y se sentó a la mesa. Astrid abrió las ventanas y, mientras salía, dijo que prepararía la cena. Habían comprado un par de cosas en la tienda de una gasolinera: pan, leche, queso, una bolsa de ensalada variada. Los niños habían desaparecido en la planta de arriba, y Thomas los oyó pelearse por algún motivo. Después de la cena, cuando él y Astrid los habían acostado, Konrad había estado a punto de quedarse dormido mientras se cepillaba los dientes, y la pequeña Ella ni siquiera había preguntado si la dejaban leer un rato más.

Thomas se imaginó a Astrid haciendo dos pilas, una de ropa limpia y otra de ropa sucia, la imaginó llevando la sucia al lavadero del sótano y guardando la limpia en el armario del dormitorio. A continuación, dejaría la de los niños bien ordenada y doblada en la escalera, a fin de subirla al día siguiente. Astrid se detuvo un momento al pie de la escalera y oyó, provenientes de arriba, muy tenues, los ruidos provocados por los niños, que se revolcaban de un lado a otro en sus camas recién hechas, pensando o soñando estar todavía en la playa o ya de nuevo en la escuela.

La luz del dormitorio de Astrid y Thomas se encendió. A través de las persianas, un dibujo de rayas se proyectó sobre el césped, que, con el avance de la oscuridad, había perdido todo su color. Astrid entró en el cuarto de baño, pero volvió al recibidor para sacar el neceser de la maleta. Se contempló en el espejo con esa mirada inexpresiva con la que a veces también miraba a Thomas. Antes, cuando él le preguntaba en qué estaba pensando, ella siempre respondía que no pensaba en nada. Con los años, él había empezado a creerla, así que dejó de preguntarle.

Thomas dobló el periódico y lo depositó sobre el banco. Cogió la copa para apurarla, pero dudó. Agitó la copa para acabar dejándola sin haber probado el vino junto a la de Astrid, ya vacía. No fue tanto una idea como una imagen: el banco abandonado a la luz del amanecer; encima del banco, el periódico con el papel ondulado por el rocío y las dos copas, en una de las cuales, la que estaba por la mitad, se habían ahogado algunas moscas de la fruta. El sol brillaba a través del cristal y proyectaba una mancha roja sobre la pálida madera de color gris claro. Los niños salían de la casa, se alineaban en las columnas dispersas de otros niños que iban camino de la guardería o de la escuela. Poco tiempo después Thomas se marchaba al trabajo. Saludaba a la anciana del vecindario, cuyo nombre había sabido alguna vez y había vuelto a olvidar. La veía casi todas las mañanas con su perro; a pesar de su edad, tenía un paso ágil y una voz sonora y segura con la cual le devolvía el saludo, como si todo estuviera en orden, como si todo fuera a permanecer igual. Al mediodía, cuando él regresara a casa, el periódico y las copas habrían desaparecido.

Thomas se puso de pie y recorrió el estrecho camino de grava que discurría en paralelo a la casa. Al llegar a la esquina, vaciló un instante, antes de doblar y poner rumbo a la puerta del jardín con una sonrisa de perplejidad de la que apenas era consciente. Levantó un poco la verja al abrirla para que no chirriara, tal como solía hacer en su adolescencia cada vez que llegaba tarde a casa de alguna fiesta y no quería despertar a sus padres. Aunque se hallaba completamente sobrio, tuvo la impresión de estar moviéndose como un borracho, muy lentamente, mirando bien dónde ponía el pie. Recorrió la calle, pasando por delante de las casas de los vecinos, que le resultaban menos familiares a medida que se alejaba de la suya. Había luz en algunas ven-

tanas. Aún no eran ni las diez, pero ya no había nadie en los jardines o en la calle. Delante de él se alargaba la sombra generada por la luz que proyectaba sobre él la última farola junto a la cual pasaba. La sombra desaparecía en la luz de la farola siguiente, la cual, a su vez, arrojaba una nueva sombra a sus espaldas, que se achicaba, pasaba por su lado y le adelantaba con rapidez a medida que crecía, como la escolta fantasmal de una criatura incorpórea que lo acompañó mientras se alejaba del barrio, hasta que cruzó la circunvalación y entró en el polígono industrial que se extendía a lo largo de la llanura situada a la entrada del pueblo.

La puerta de la gran nave de la planta de reciclaje estaba abierta. Un zumbido monótono salía del interior. Thomas se agachó, como si de ese modo fuera menos visible. Cuando llegó al antiguo canal industrial, se dio la vuelta por primera vez y miró hacia atrás, pero no vio a nadie, sólo escuchó aún el zumbido—ahora atenuado—de la maquinaria.

La calle bordeaba durante un trecho el canal y cruzaba luego un pequeño puente. Thomas caminaba ahora más deprisa. Era como si hubiera abandonado el campo de gravitación del pueblo y se moviese ahora por el espacio sin ningún tipo de freno, al tiempo que se adentraba en el inexplorado territorio de la noche. Los prados situados a derecha e izquierda de la calle pertenecían a una granja de cría de caballos y estaban rodeados por altas vallas. Muy al fondo, en uno de los prados, había algunos caballos tan pegados los unos a los otros que sus cuerpos, en aquella oscuridad, se fundían formando una única criatura de muchas cabezas. En los edificios de la granja no se veía luz alguna. Poco antes de llegar a su altura, Thomas se detuvo y aguzó el oído. Cuando los niños eran más pequeños, él y Astrid venían a menudo con ellos a dar un paseo por aquí, pero ahora ya no recordaba si los dueños tenían perro o no. Pasó rápi-

damente junto a los edificios. Seguía sin escucharse nada, sólo de repente se encendía alguna lámpara halógena e iluminaba el área de la entrada y parte de la calle.

Thomas sintió alivio cuando llegó a la linde del bosque. No se veía la luna, y en el interior del bosque el camino de grava era una franja más clara que sólo se intuía. El vacío de la noche parecía tirar de él, permitiéndole avanzar. El camino discurría junto al dique, cruzaba luego la barrera de protección contra inundaciones y llegaba al otro extremo de la estrecha franja de bosque. Allí había un poco más de luz. A lo lejos se oía el rumor de los coches e incluso el ruido de un tren. Thomas miró el reloj y descifró con esfuerzo la hora. Las diez y media: el tren pasaba puntual. Por un momento imaginó la corta sucesión de vagones entrando en la estación iluminada, pensó en los pocos pasajeros que bajaban y cruzaban el paso subterráneo para dirigirse al aparcamiento de bicicletas, quitar el candado a sus vehículos y desaparecer en todas direcciones.

Ahora que se había detenido, notaba el silencio del bosque. Tal vez precisamente por eso tenía la sensación de no estar solo. Era como si algo lo acechara en la oscuridad, no una persona, tampoco un animal, sino una especie de viveza general que abarcaba todo el bosque.

Thomas siguió avanzando por el camino hasta llegar al final. De allí no había ni cien metros hasta el sitio en el que el canal industrial desembocaba en el río, formando un recodo. Cruzó hasta el centro del prado, donde de adolescente hacían la fogata en torno a la cual se reunían con sus amigos. El canal parecía llevar más agua que el río, cuyo lecho estaba seco antes de llegar a la desembocadura. Le habría resultado difícil, de todos modos, llegar a la otra orilla. Thomas se sentó en los bastos bloques de piedra con los que habían reforzado el lugar. Del lecho del río ascen-

día un olor a podrido. Sacó su paquete de cigarrillos y, tanteando con los dedos, los contó: once. Entonces encendió uno y miró al cielo, ahora totalmente oscuro. Aunque era una noche despejada, no se veían muchas estrellas. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones e hizo un repaso de lo que llevaba encima: el llavero con la linterna diminuta, una pequeña navaja, hilo dental, un mechero y un pañuelo. A la luz de la linterna contó el dinero: algo más de trescientos francos suizos. De pronto sintió un escalofrío y pensó por un instante en hacer una fogata. Pero entonces decidió seguir caminando, regresar hasta el pequeño puente peatonal, cruzar el canal y seguir luego el valle en dirección al oeste.

Las tablas del estrecho puente estaban húmedas y resbaladizas. Thomas tuvo que agarrarse a la barandilla para no caer. Llegó a un sendero tan estrecho que, en medio de aquella oscuridad absoluta, le pareció que la maleza que crecía a ambos lados lo sostenía y empujaba hacia delante, hasta llegar a una carretera de grava que, a lo largo de medio kilómetro, atravesaba en línea recta el bosque y continuaba luego otro trecho igual a través de unos prados de pastoreo. Delante de él vio dos coches que cruzaban el puente de la carretera a toda velocidad; contempló luego cómo los haces de luz de sus faros rozaban las casas del pueblo situado al otro lado del río y, poco después, desaparecían detrás de la colina. Al llegar a la carretera comarcal, oyó de lejos el ruido de otro auto. Se ocultó tras la alta hierba del talud y aguardó. El coche se acercó y pasó de largo. Cuando ya no se oía el motor, Thomas se puso de pie de un salto y cruzó el puente a buen paso. Antes de alcanzar el pueblo se alejó otra vez de la carretera principal y siguió una vía más estrecha que bordeaba el río hasta el aeródromo para planeadores y continuaba más allá. Cuando eran niños, alguna vez

venían hasta aquí en bicicleta para ver los aviones, pero en realidad a Thomas jamás le había interesado la aviación, si se quedaba era sólo por complacer a sus amigos, que entonces soñaban con volar alguna vez.

Al borde de la pista de hierba había un hangar alargado, y detrás, ocultas por un seto, una docena de caravanas de las que Thomas sólo podía distinguir los contornos. Ni una luz a la redonda, tampoco ruido alguno. Se sentía muy cansado. Se acercó a la primera caravana, palpó en busca de la manija de la puerta y tiró de ella con cuidado. Estaba cerrada con llave. Lo mismo ocurrió con las siguientes caravanas. Una de ellas, sin embargo, tenía en la parte delantera una marquesina de plástico que pudo abrir fácilmente. Cuando entró, sintió el suelo cubierto por una tarima de madera. El aire estaba enrarecido, olía a hierba, a plástico viejo y a comida rancia. Bajo la débil luz de la pequeña linterna vio una mesa de camping y cuatro sillas, así como una cocina improvisada con dos quemadores de gas y un fregadero. En un rincón había un toldo impermeable. Thomas se envolvió en él y se tumbó en el suelo, pero aun así seguía teniendo mucho frío. No consiguió quedarse dormido sobre el duro suelo y pensó en su casa, preguntándose si Astrid ya habría notado su ausencia. A menudo ella se iba a dormir antes que él y no se despertaba cuando él se metía en la cama.

Cuando Astrid notase por la mañana que Thomas no estaba acostado a su lado, pensaría que él ya se había levantado, aunque fuera ella casi siempre la primera en hacerlo. Soñolienta, subiría a la planta alta, despertaría a los niños y volvería a bajar. Diez minutos más tarde ya se habría duchado, saldría del baño en bata y llamaría a los niños, que sin

duda estarían aún en la cama. Les gritaría: «¡Konrad! ¡Ella! ¡Arriba! ¡Andando! Si no os levantáis ahora, vais a llegar tarde». Siempre las mismas frases, y, a continuación, siempre las mismas respuestas: «Sólo un minuto más». «Ya me he levantado». «Voy enseguida». Camino de la cocina, Astrid echaría una ojeada al salón y, por un instante, se asombraría de no encontrar a Thomas tampoco allí. Y es que esos tres cuartos de hora de la mañana transcurrían según un plan tan invariable que ella no tenía tiempo de pensar en otra cosa que no fuese aquello que era preciso hacer: encender la cafetera, llenarla de agua, poner la mesa, sacar el pan, la mantequilla, la confitura y la miel, la leche y el cacao en polvo. Astrid llamó de nuevo a los niños, esta vez a voz en grito y con un tono de enfado, y preparó el primer café, que bebió de pie. Por fin bajaron los niños, armando un gran barullo, y se sentaron a la mesa. Konrad parpadeaba todavía, con cara de sueño, mientras que la niña colocó un libro abierto a su lado. Astrid tuvo que regañarla dos veces, hasta que Ella lo cerró con hosquedad y se preparó una rebanada de pan. Con la boca llena, Konrad preguntó por fin dónde estaba papá. «Tuvo que salir temprano hoy». Astrid no sabía por qué había respondido tal cosa. Era la explicación más simple, y, al darla, casi se hacía realidad. «Tenía que llegar más temprano a la oficina». Los niños no preguntaron nada más, aunque Thomas casi nunca salía de casa antes del desayuno. Astrid intentó recordar por un momento si Thomas había dicho algo acerca de una reunión, pero para entonces los niños ya se habían levantado de la mesa, y ella tuvo que ocuparse de que no olvidaran nada. «¿Vais a nadar hoy?». «Poneos las sandalias». «Sí, claro que necesitas un suéter, todavía hace frío fuera». «El libro se queda aquí». «¡Vamos, andando!». Astrid besó a los niños en la mejilla y les dio un empujoncito para que salieran. Por

un momento se quedó de pie en el vano de la puerta, viéndolos desaparecer al doblar la esquina, hasta oír el familiar chirrido de la verja del jardín y el golpe cuando ésta se cerraba. El aire olía un poco a otoño.

Mientras Astrid se dirigía al baño para secarse el pelo consideró si ir o no a la piscina. Tenía ropa que lavar, debía acabar de deshacer las maletas, hacer la compra. Trazó un plan para el día. Sólo al salir del baño pensó de nuevo en Thomas. Llamó a su oficina. La secretaria le dijo que Thomas no estaba y le preguntó si habían tenido unas gratas vacaciones.

—Sí, estupendas. ¿Podría mirar en su agenda?

—No—le dijo la secretaria al cabo de una breve pausa—, no hay nada anotado. Sólo por la tarde tiene una cita con un cliente.

—Dígale, por favor, que me llame un momento cuando regrese—pidió Astrid.

Fue a hacer la compra en bicicleta, tendió la ropa fuera y acabó de deshacer las maletas. En una de ellas había una bolsa de plástico con unas conchas que los niños habían recogido en la playa. Al volcar la bolsa sobre la mesa, cayó un poco de arena. Puso las conchas y las caracolas en una cestita y recogió la arena con cuidado de no rayar la mesa. Luego guardó las maletas en el desván. Arriba hacía calor, el aire tenía una consistencia casi algodónosa. Con expresión melancólica, Astrid pensó en las dos semanas que habían pasado a orillas del mar, en el calor que tanto le gustaba, recorriendo los puestos de los mercados españoles, las maravillosas verduras, las frutas, la infinita variedad de pescado que podía comprarse en ellos. «Mejor nos quedamos aquí, sin darle más vueltas», había dicho Thomas en broma uno de los últimos días. Astrid se había reído, y a continuación todos se habían puesto a pensar en cómo se-

ría vivir durante todo el año a orillas del mar. Era un juego, pero Astrid vio en los ojos de Thomas, y también en los de los niños, un fulgor de entusiasmo.

—¿Cómo nos ganaríamos la vida?

—Haríamos bisutería con las conchas y la venderíamos en el paseo marítimo.

—¿Y la escuela?

—Papá sería nuestro maestro.

Por último, Astrid dijo que en casa también se estaba bien. El mar dejaría de ser especial si lo tuvieran a la vuelta de la esquina. Y en invierno seguramente habría tormentas, y la casa tenía humedades, ni siquiera había una buena calefacción. Astrid había sido siempre la voz de la razón en aquella relación, en la familia. A veces se preguntaba si Thomas habría elegido una vida diferente de no estar juntos.

Thomas no telefoneó. Tal vez lo había intentado mientras ella hacía la compra, pero no había querido dejar un mensaje, o simplemente se había olvidado. Seguramente tendría un montón de cosas pendientes después de las vacaciones, y otras muchas en las que pensar. A Astrid le daba vergüenza llamar de nuevo a la secretaria, así que decidió irse un rato a la piscina. Durante las vacaciones se había propuesto hacer más ejercicio, ir a nadar cada vez que el clima se lo permitiese y retomar el *jogging*.

En la radio habían anunciado lluvia y un descenso de las temperaturas para esa tarde, pero aún no se notaba el brusco cambio de tiempo. No obstante, la piscina estaba casi vacía. Astrid pensaba que era un privilegio poder ir a nadar en pleno día, pero al mismo tiempo se sentía excluida de aquel ajetreado mundo en el que Thomas se movía, igual que los niños, que ahora estaban en la escuela, resolviendo operaciones matemáticas o escribiendo una redacción sobre lo que habían hecho durante las vacaciones. Tenía

mala conciencia, pero también había algo placentero en ese leve sentimiento de culpa.

Los vestuarios estaban sucios, había basura por todas partes, y el suelo de hormigón, pintado de azul claro, estaba pegajoso. Seguramente habría habido mucho ajeteo por allí la víspera, el último día de las vacaciones y, tal vez, el último día de calor del año. Después de dos semanas nadando en agua salada, se sentía pesada en la piscina, como si algo tirara de ella hacia abajo. Nadó sólo diez piscinas y se tumbó luego brevemente al sol, hasta que el bañador estuvo más o menos seco. A las once y media estaba de nuevo en casa.

Vació el buzón y echó una ojeada al periódico; luego tendió la última colada. Les había prometido a los niños que les prepararía su plato favorito: crepes con puré de manzana y Nutella. Mientras preparaba la comida, dejó encendida la radio, aunque siempre la irritaban los vivarachos comentaristas que sólo decían tonterías y trataban como a auténticos imbéciles a los oyentes que llamaban por teléfono para responder a los acertijos que les planteaban.

Los niños llegaron tarde. Habían pasado cinco semanas sin ver a sus amigos, y seguramente habían tenido mucho que contarse durante el camino de regreso a casa. La pequeña Ella saludó sólo brevemente y desapareció de inmediato en el salón. Cuando Astrid puso la mesa, estaba todavía sentada en el sofá, leyendo.

—¿Qué tal la escuela?

La niña murmuró algo incomprensible. De regreso a la cocina, Astrid sorprendió a Konrad arrancando un trocico del borde de una crepe y metiéndoselo en la boca.

—¡Manos fuera!—gritó—. ¿Es que no puedes esperar?

—¿Dónde está papá?—preguntó el niño.

—No vendrá hoy a almorzar—respondió Astrid—. Está muy ocupado.

—Entonces habrá más crepes para nosotros—declaró Konrad.

Durante la comida los niños contaron dónde habían pasado las vacaciones sus compañeros de clase y qué habían visto. Astrid sólo los escuchaba a medias. Pensaba en lo que habría pasado con Thomas. Se tranquilizaba a sí misma. A fin de cuentas, ¿qué podía haber pasado? La noche anterior se había mostrado como siempre. Tampoco durante las vacaciones había ocurrido nada especial, todo lo contrario, habían sido dos semanas inusualmente armoniosas. Habían pasado la mayor parte del tiempo en la playa o en la vivienda alquilada. El viaje de vuelta en el coche había sido agotador, en Francia quedaron atrapados dos veces en medio de un atasco, pero Thomas no tendía a alterarse con este tipo de cosas. Era una persona muy equilibrada, un tipo normal y corriente, como él mismo decía a veces. Seguramente habría una explicación sencilla para su ausencia. Astrid ni siquiera estaba preocupada.

Por la tarde los niños tenían escuela, y Astrid se mantuvo ocupada con las labores del jardín. Después de dos semanas sin ser atendido, estaba cubierto de maleza, la mala hierba le llegaba hasta los tobillos, y las tomateras formaban una auténtica maraña. Astrid escardó un poco, tutoró las tomateras y las destalló. Unas nubes oscuras avanzaron desde el oeste y taparon el sol. Astrid cortó el césped. El ruido de la segadora era inusualmente molesto, emitía un eco como si estuviesen en una habitación cerrada. Aún no había terminado cuando sintió que caían las primeras gotas de lluvia. Se apresuró a recoger la ropa y a llevarla dentro. La lluvia fue arreciando sólo poco a poco. Astrid llevó la cortadora de césped al sótano y abrió todas las contraventanas de la casa. En la habitación de Konrad se detuvo un momento y contempló la lluvia que caía suavemente,

casi sin hacer ruido. Había refrescado. Astrid sintió un escalofrío y cerró la ventana. Hacía todavía mucho calor en la casa, pero el ambiente era menos opresivo.

Con el clima cambió también el estado de ánimo de Astrid. Mientras bajaba la escalera, pensó en los niños, que pronto llegarían de la escuela, y en que tenía que haberles dado sus impermeables. Se sintió culpable de la desprotección de sus hijos. Tenía a menudo la necesidad de proteger a Ella y a Konrad, tanto de algunos malvados compañeros del colegio y de maestros demasiado exigentes como de cosas absolutamente banales pero inevitables en la vida de cualquier niño. Y había sido incapaz de hacerlo. Sonó el teléfono. Era la secretaria de Thomas, que le dijo que había llamado ya un par de veces. Por la voz, parecía más alterada que la propia Astrid. Le explicó que a las dos Thomas tenía una cita con un cliente. «Estaba en el huerto—dijo Astrid. Y luego, sin saber por qué, añadió—: Thomas está enfermo, lo siento, debí llamar». La secretaria no pareció asombrarse de que Astrid la hubiese llamado esa mañana para preguntarle por Thomas y ahora le dijera que estaba en casa. La explicación era tan simple que, al parecer, borraba toda sospecha. Y como si con ello diese más veracidad a su mentira, Astrid le dijo que Thomas tenía un fuerte catarro, tal vez debido al aire acondicionado del coche o, sencillamente, al cansancio por el largo viaje.

—Hace dos semanas yo misma tuve un resfriado muy fuerte—dijo la secretaria, y se rio como si hubiese hecho un chiste—. ¿Podrá venir mañana?—preguntó.

—No lo creo—respondió Astrid.

—Pues que se recupere de las vacaciones—dijo la secretaria y volvió a reír—: Dígale que se mejore.

Astrid intentó distraerse pensando en la cena, en lo que cocinaría y en el momento en el que todos juntos se senta-

rían a la mesa del comedor calentito, mientras afuera llovía. Pero de repente tuvo la certeza de que Thomas tampoco aparecería esa noche, ni tampoco al día siguiente. Aquella sensación le cortaba el aliento. No era que estuviese preocupada; simplemente, sentía un terror paralizador, como si supiera ya lo que ocurriría.

A pesar del incómodo alojamiento, Thomas tuvo que haber dormido algo. Le dolía la espalda y tenía frío. La marquesina estaba todavía oscura como boca de lobo, y aunque tenía la muñeca bien pegada a los ojos, no podía ver la hora. Permaneció tumbado un rato, intentando dormirse de nuevo, pero el frío era tan penetrante que salió arrastrándose de la lona con que se había tapado y se levantó. Fuera había algo más de claridad. La luna estaba en lo alto del cielo, casi llena, pero parecía muy distante. Thomas pasó de largo junto al hangar en dirección a la pista, sobre la cual flotaban, suspendidos, unos delgados hilillos de niebla. Aquí había mayor visibilidad, y pudo distinguir, hacia el este, los primeros destellos de luz. Hizo un par de sentadillas hasta entrar en calor y regresó a la caravana. Clareaba ahora con mayor rapidez. Del bosque llegaba un frenético concierto de trinos, a lo lejos se oían los cencerros de las vacas y, de vez en cuando, un coche que circulaba por la carretera comarcal, al otro lado del río.

Thomas tenía hambre. Probó otra vez con las puertas de las caravanas, pero todas estaban cerradas con llave. Pensó brevemente en forzar una, pero para ello habría necesitado herramientas, y sólo llevaba consigo la pequeña navaja que no servía para mucho más que limpiarse las uñas o abrir una carta. Cuando ya estaba a punto de desistir, descubrió en una de las caravanas una ventana corredera en-